

en torno a una crítica

● JOSE RAED

EN el número 579 de esta Revista, el libro *Rosas y el Cónsul General Inglés. Las Condecoraciones*, que publicara en 1965, ha merecido un comentario del conocido bibliógrafo Guillermo Furlong, nota unilateral, sólo se ha referido al capítulo de las condecoraciones que el gobernador Juan Manuel de Rosas otorgara al señor W. Parish, que fuera cónsul general (1).

Para seguir la exposición crítica adoptaremos su orden:

1º) Todas mis referencias concretas de la actuación de Parish y de cómo va tejiendo la madeja para lograr el despojo de nuestras Malvinas, todas las individualizaciones de personajes oficiales de que se valiera Parish para llevar a cabo los distintos cometidos propuestos por Inglaterra; todas mis afirmaciones, basadas en pruebas, de que no existe ningún acto de Parish como para ser premiado con ninguna de las tres condecoraciones concedidas por Rosas, al crítico sólo se le ocurre afirmar que: "aprioris—

(1) Sr. Director de "Estudios":

Mucho aprecio e igualmente agradezco el que me haya Ud. pasado, antes de publicarla, la crítica que a mi crítica ha hecho el señor José Raed, autor de *Rosas y el Cónsul General Inglés*, y celebro que ese caballero haya escrito esas páginas en defensa de su tesis, ya que siempre he pensado que deben ser bienvenidas las críticas de esa laya, y muchas veces he lamentado la casi total ausencia entre nosotros de esa crítica constructiva, que tanto contribuye a dilucidar la verdad de los hechos. Esta del señor Raed responde a un enfoque, que está a mil leguas del mío pero es posible que sea él y no yo quien tenga razón, aunque por el momento creo que soy yo, y no él, quien está en el camino de la verdad. Sospecho, sin embargo, que es posible, y aun probable, que tanto él como yo tengamos parte de ella, esto es, de la verdad, y sea menester que venga otro historiador, sin las fobias que él manifiesta contra Rosas, y sin las filias que yo tengo a favor de mister Woodbine Parish, y exponga la verdad total en este asunto de las condecoraciones otorgadas por Rosas a ese caballero.

ticamente nos inclinamos a que hay ignorancia voluntaria o involuntaria por parte del autor".

Pasando por alto lo de *a priori* como juicio de valor o principio de autoridad, debió fundar su afirmación señalando un solo acto del señor Parish en beneficio de Argentina, un solo hecho real, evitando hacer conjeturas.

He sostenido y ratifico que las medidas adoptadas por Rosas son graves por haberlas hecho a favor de un extranjero, pero que también es grave por el sólo hecho de haberlas concedido. Y hubiera adquirido la misma gravedad como acto de cualquier gobernante.

Si el comentarista hubiera deseado asentar alguna hipótesis digna de consideración pudo aducir que tales distinciones lo eran por intereses económicos recíprocos, pero de índole particular.

2º) A renglón seguido dice el crítico: los símbolos patrios en algunos países son a la vez símbolos religiosos; en los países cristianos tienen valor secundario, que esto de los símbolos es un retroceso lamentabilísimo, es abandonar la civilización cristiana por la indigenista, la ley de los pueblos cultos por la de los medios salvajes (2).

(2) Todas estas frases se hallan en la crítica del Padre Furlong, pero no en esa forma, que ni sentido tienen así extractadas y acopladas, antes son muy otros los conceptos por él expresados. Sus palabras son éstas: "Estamos totalmente con el autor, por lo que respecta a la India, y a otros pueblos subdesarrollados, ya que todavía hoy en Rechuana-Landas, en Somalia y en Madagascar, y en algunas partes de la Libia, como los símbolos patrios son, a la vez, símbolos religiosos, jamás se les ocurriría a esas gentes otorgar su uso a personas algunas, y en éstos son muy miradas y cuidadosas. No así en los países cristianos, que han contado con una religión divina y racional, en los que los símbolos patrios sólo han podido tener un valor secundario. Pero como el hombre no puede estar sin alguna religión, aunque sea ficticia, no faltan quienes se han empeñado en crear la religión de la Patria, con sus dioses, los llamados próceres, con sus dogmas, la libertad, la independencia, la república, la democracia, y con sus símbolos la bandera, el escudo, el himno, etcétera.

Estimo suficiente demostrar al ilustrado crítico que el simbolismo religioso de los pueblos primitivos antecede en milenios al surgimiento de la Nación. El totemismo no tiene ninguna relación con los símbolos de una nación, ni puede señalarse como antecedente.

Con referencia al retroceso que significan los símbolos, digno de pueblos medio salvajes, tal vez se pretenda justificar el colonialismo o fundar con base teórica el sometimiento del país; o, aún, inducir a los cristianos a que abandonen sus preocupaciones por el destino presente y futuro de la Patria.

Cualquier diccionario elemental trae la reproducción de escudos y banderas de las naciones, sean ellas o no cristianas, y, entre ellas, las de un pequeño territorio, que tiene gran ascendencia en el mundo, son los símbolos correspondientes a la Ciudad del Vaticano. ¿Significan abandono de la "civilización cristiana"? ¿Implica que ha "abandonado la civilización cristiana por la indigenista"? ¿Importan un "retroceso lamentabilísimo"?

3º) Para "demostrar" que el caso Rosas-Parish no es el único, trae a colación la autorización concedida por Carlos II, en 1765, al español Duarte y Quiroz, para usar las "armas reales".

Y agrega: "Es el mismo caso Rosas-Parish".

Se olvidó añadir que Rosas no concedió su escudo de armas, no lo hizo a ningún "Mecenas de la cultura" y los fundamentos expuestos por Rosas en los decretos son absolutamente falsos, como lo he demostrado en el libro.

4º) Cuenta después, que por el año 1920, carnicerías, sastrerías y almacenes de Madrid, tenían el escudo de la nación

"Entre nosotros se comenzó después de Caseros, pero, a partir de 1884, se dio un enorme desarrollo a esta "religión laica". Los que la excogitaron y la patrocinaron no se dieron cuenta que, lejos de ser un avance, era un retroceso lamentabilísimo, ya que era abandonar la civilización cristiana por la indigenista, la de los pueblos cultos, por la de los pueblos medio salvajes, ya que es la que ha prevalecido y prevalece en las regiones más retrógradas del Asia y del Africa".

española, por ser proveedores de la casa real. Además, añade, se puede ver el escudo inglés en frascos y botellas, el portugués impreso en los habanos y el escudo italiano en las cajas de tabaco, y que es mejor ceder el escudo a un caballero que envolver longanizas.

A su fallida incursión sociológica, suma un no menos endeble conocimiento de la historia económica.

En lugar de haberse conformado con la respuesta del vendedor de salchichas, debió indagar cómo surgieron esos escudos en tales productos, estableciendo cómo las casas gobernantes patrocinaban esas empresas comerciales, y nos hubiera ilustrado acerca de su significado concreto, aunque es sabido que identificaban a quien o quienes propiciaban esas mercaderías y monopolizaban su producción o distribución, o ambas a la vez.

¿No habrá querido significar, quizá, que la causa que le expresara el carnicero madrileño para ostentar el escudo real sea la que impulsó a Rosas, cambiando el rubro del suministro por carne salada y cuero?

En lugar de la graduación que pretende introducir, creo que el comentarista coincidirá que es exacta nuestra posición al establecer que no se debe ceder a nadie el uso del escudo como objeto privado ni como adorno.

4º) Empecinado en justificar su extraña posición, afirma que se puede usar nuestro escudo como adorno y sin necesidad de autorización.

En verdad puede creerlo así un especialista en heráldica y miembro de sociedades de genealogía? ¿No existe ninguna reglamentación sobre el uso de nuestro escudo y bandera? ¿Cualquier portero de un bar nocturno puede llevar en su uniforme el escudo nacional con el mismo derecho, honor y dignidad con que debe hacerlo un miembro de las fuerzas armadas?

5º) Me atribuye ideas preconcebidas, animadversión contra Rosas y Parish y de que sólo veo a través de los ojos.

Lo que sin duda ha querido significar,

y es verdad, es que no veo los acontecimientos de la historia con los ojos del Padre Furlong, ni con las anteojeas si-logistas de un puro subjetivismo, ni tampoco con su forma apriorística de apreciar los procesos históricos.

Lo de mi animadversión contra Rosas y Parish es otra de las tantas afirmaciones generalizantes que emplea, pues, en el libro están expuestos cuáles son los aspectos de la acción de Rosas con Parish, que estudio hasta su culminación con las condecoraciones. Además, surge nítido que estoy muy lejos de odiar a los actores de nuestra historia, como de adorar sus iconos.

Como me pide que esté de acuerdo con su exposición, sinceramente expreso que *estoy de acuerdo con todo lo que no comentó de mi libro y con todo lo que no dijo en su artículo.* ♦

teatro

teatro colón

INICIAR una temporada en el teatro Colón con el prestigio de nombres "monstruos" como los de Margot Fonteyn y Rudolf Nureyev, es todo un acontecimiento no sólo cultural sino social. Y decimos social, sí, arriesgando una exageración, pues la presentación personal de estos intérpretes conmovió hasta el fanatismo a los balletómanos y no balletómanos de Buenos Aires y provincias del interior. Es un fenómeno social entonces porque nunca como esta vez las interminables colas humanas rodearon el edificio como queriendo aprisionar toda la fuerza lírica propia de público ávido en expresiones del espíritu; sí, eso sucedió en Buenos Aires la segunda quincena de abril. Y no salió defraudado quien asistió a los recitales de estos bailarines.

En sus últimos años de baile ella, en los primeros él, juntos encontraron la conciliación perfecta que alía la técnica con la experiencia, temperamento e intelecto, estilo y expresión, la medida y la exaltación.

El público de Buenos Aires que vio a Margot Fonteyn en 1960 creyó en ese entonces aclamar el final grandioso de una diva que ya se recuesta en su ocaso. Y, sin embargo, en 1967 la vuelve a aplaudir en el mismo ballet, con la expresión más genuina de exquisitez en los matices, la técnica, la musicalidad. Dueña de un raro lenguaje musical transmite al público auténticamente el personaje que interpreta —hecho que no muchas bailarinas famosas logran—. Por otra parte, además de buena bailarina, ha expuesto su enjundia de actriz, demostrada en la gracilidad con que presentó la pureza inocente de Giselle, o la angustiada y enfermiza personalidad de Margarita.

Su espíritu, aunado con el del personaje, se separan de su cuerpo para hacer de él su marioneta, impulsada por un palpitante vigor espiritual, logrando así una indescriptible línea de continuidad en su labor. Elegancia, estilo e interpretación fueron los caudales de su mensaje, si bien el virtuosismo técnico no conserva parte de la prodigiosidad, algo gastada a los 49 años. Pero si técnicamente da menos, no baila menos.

Hechos éstos que contrastan visiblemente con su "partenaire" Rudolf Nureyev. De origen ruso, británico por adopción, su personalidad venía apoyada en una aureola de magnetismo hacia nuestro público, que hizo del bailarín tártaro casi un personaje de leyenda no menos fascinante al ser realidad.

En él todo es fogosidad, temperamento, espectáculo, seducción, perfección, conciliados —no siempre— con la pureza técnica. Por eso, contrariamente a Fonteyn, es más bailarín que actor; impone su personalidad al personaje, logrando así, a veces, la caracterización exacta (por ejemplo en "El Corsario"), y por otras, en cambio, imponiéndose el senti-